

De cómo va avanzando la decadencia de la cultura en Occidente, en estos últimos tramos de tiempo que llevamos de siglo XXI, somos testigos sin tener que señalar demasiados elementos de juicio. Aún así, me parece significativo hacer mención a un trabajo valioso que indaga sobre la debilitamiento de nuestra civilización, aparecido en el último año (2024), que creo es interesante destacar para reflexionar sobre la vida cultural hoy en Europa, en España y en el mundo. Me refiero al escrito de Emmanuel Todd, *La derrota de occidente*. Dos aspectos —principalmente— recorren el análisis que realiza Todd sobre la extenuación vital del mundo occidental, y son la desaparición del concepto de *nación* en los países europeos y en EEUU, y la disolución de las creencias religiosas, es decir, la extinción de la noción de religión en la existencia de las personas que viven en el mundo de progreso de los pueblos occidentales. Estos dos factores según el sociólogo e historiador francés Todd determinan que la pujanza de los países occidentales y de su cultura esté en plena caída libre y que las amenazas que pueden provenir del exterior sean reales, porque los hombres forman grupos y pertenecen *queramos o no* a distintos mundos civilizatorios. Si bien, sin tener que esperar a ninguna llegada de la exterioridad, el nivel de bienestar en Occidente irá en detrimento y el empobrecimiento sobrevendrá; mientras, otros pueblos de otros ámbitos culturales tomarán el relevo de la dirección de los acontecimientos mundiales y serán ellos los que escalen en la vida de bienestar, sustituyendo a occidente. Podríamos pensar que esta sustitución surgiría del área de países de la órbita musulmana, o de Asia, como pueda ser de la cultura emergente de la India, de la consolidación económica de China, e incluso de la restaurada Rusia, motivo de la investigación de Todd en su libro, por su guerra con Ucrania, mal

entendida en Occidente, pues Rusia con Putin ha conseguido recuperar y reforzar su idea de nación fuerte, incluso, con el aval de la religión ortodoxa y de su poder jerárquico.

Un tercer aspecto del análisis de esta singular obra de Todd, que bien podría ser su consecuencia, es el grado de moralidad cero que él indica en la situación actual del mundo occidental y que es fruto del nivel de nihilismo que contamina el existir de las sociedades vigentes y de los hombres contemporáneos. Más los elementos negativos de la globalización, sobre todo la financiera, y la evidencia de la codicia como un componente en el comportamiento de los habitantes de las culturas occidentales. La profundidad de la desorientación en la que se encuentra la vida en Occidente, no sólo es llamativa, sino un suceso objetivo, con el derrumbe de los sistemas educativos, de los estudios humanísticos y técnicos, de la crisis demográfica, de la ausencia de espiritualidad, bajo una dictadura sinuosa de la *anglobalización*, que a todas luces ha llevado a la vida por el lado de la irrealidad económica, afectando al estadio del trabajo y a las relaciones sociales. Muchos de estos últimos signos apuntados parten de mi propio análisis —son de mi cosecha— al concluir la lectura de lo compuesto por Todd; otros, mejor explicados, se encuentran en este número de la revista, en el apartado de las reseñas, firmados por Ignacio Castro Rey. Desde mi modesto entendimiento el mayor valor del libro, aparte de mostrarnos los males que socialmente nos rodean, es que supera en el debate la cansina ley dialéctica de tener que emplear, en todo momento, aquello de izquierda y derecha, a la hora de hablar, un principio de discusión que está cegando la visión de una nueva realidad. Debido esto, a que, acaso, las ideologías, ya manidas, demasiado manejadas en nuestra supervivencia social, se desarrollaron en el siglo XIX —algunas ultimadas en el siglo XX— y han quedado caducas, viejas, agotadas, y no sirven para explicar la vida, tan heterogénea, del presente; pero, lamentablemente,

se siguen utilizando en los foros democráticos, por las gentes, y en el interior de los Parlamentos. Digamos que *La derrota de Occidente*, es una obra que abre las mentes, y por los datos utilizados por su autor en el estudio —demografía, economía, cultura— invierte el sistema de investigación para cualquier otro examen que pueda plantearse, en el futuro, el hecho histórico de la inédita subsistencia social humana.

Otra convicción que podríamos tener sobre el mundo de hoy es la de intuir que estamos ante una posible explicación muy compleja de lo que nos sucede. La civilización aporta sabiduría, pero, también desgaste y cansancio. Después de tanto conocimiento acumulado nos encontramos atrapados en mundos muy pequeños, de los que es muy difícil salir, la familia, los amigos, el lugar donde se habita. La solución —tan necesaria— para abandonar tanta presumible soledad y empequeñecimiento de la vida, como siempre, se encuentra en la frecuentación de la cultura como creación, en la degustación de la producción cultural, en la lectura de libros, en el visionado de películas, en la asistencia a actos de verídica índole o naturaleza, es decir, allí donde el hombre se expresa con evidente libertad. No es fácil saber dónde están esos mundos. Para conocerlos hay que trabajar el plano de la experiencia y de la inteligencia, el buen gusto, que no se localiza en otros derroteros que en la práctica de ese estudio que es esa deleitación de creaciones válidas, como hemos resaltado, y luego el contraste de las mismas con otros conocimientos; y en el diálogo con otras personas que tienen el nivel suficiente de discernimiento y el raciocinio libre para saber dónde está lo más legítimo. Entre tanto marasmo de obras que se producen, no es un criterio fallido guiarse por la alegría de asistir a la reproducción de la belleza, en sí misma; así, de este modo, creo que puedo comentar que un momento de elevación del ánimo —aunque sea efímero, o de corto metraje— ha sido la asistencia a la proyección de la película *Parthenope* (2024) de Paolo Sorrentino. De pronto caí en la floración de la propia

belleza, sin filtros, ni aditamentos —«mira atentamente/las joyas que la mañana te presenta», en versos de José Jiménez Lozano—. La primera parte de la película es ciertamente sublime, fantástica. Posiblemente no todos los espectadores o amantes del cine puede que estén de acuerdo. Pero para mí ha consistido en la asistencia a una experimentación de la beldad, según nos hace recordar lo que hemos podido gozar de las civilizaciones que sustentan la vida de Occidente, la civilización griega y la romana; y por qué no, de lo que también fue la tercera civilización, la hispánica. Lo que vemos en *Parthenope* vendría a ser como el resultado de una sublimidad final de nuestra civilización, porque «los mundos se cansan», y entonces aparece un resplandeciente sentido del tiempo, el de la recreación, el de la memoria, el de lo transitorio, «donde el tiempo y el dolor —y el placer— fluyen juntos».

La propuesta de disfrutar una verdadera obra de arte, es una manera de entender las cuestiones y las cosas, porque la vida tiene un final que no sabemos explicar, y, si existe ausencia del suceso religioso, no nos queda otra alternativa, o es una opción válida. Pareciera como que en un mundo fatigado, como en el que nos encontramos —desde nuestra perspectiva de Occidente— nos interesaría saber qué nos pasa, y ello lleva a sondear el camino recorrido por el hombre hasta hoy, donde sería un menester el estudio antropológico, probablemente la fuente de inspiración de *Parthenope*, donde se nos transmite que «la antropología es ver, saber ver; un impulso, un suceso que se produce cuando ya no tenemos nada». Es decir, si la sociedad no es capaz de generar mundos creativos nuevos, entonces el sencillo estudio de la antropología se hace presente y brota un cometido cultural —para la sociedad— de querer conocer por qué hemos llegado a un final de ciclo civilizatorio. ¿Cuántos estudios antropológicos habría que poner en marcha para llegar a una visión completa de lo que el hombre ha realizado, que aparezca como muestra que nos es necesario comprender? No doy a entender

que estos ensayos deban partir desde la universidad, uno de los mundos más agotados de los que hoy perviven, si no desde cualquier ámbito creativo personal, fundamentalmente, porque lo privado, lo íntimo, o lo individual, es lo más independiente que puede existir, no apegado a dictados externos o a intereses de grupo. Sino desde la tarea personal, propia. Un ejemplo de ello, de verdadero rango, es lo conseguido por el cineasta catalán Albert Serra, en *Tardes de soledad* (2024). Hemos dejado testimonio de su significación en el apartado *Tribunas* de la revista. Aún así, no viene mal recordar que la indagación antropológica existente en este film, en este caso, para bien de lo social, no retrata un final de época, sino que es un reflejo de una imprescindible valoración del origen de cualquier mundo creativo humano, porque en todo principio de un acto social se halla la filosofía que da motivo a la vida, más aún, si va de la mano de lo insondable o de lo religioso.

José Campos Cañizares
Madrid, 2 de marzo de 2024
Subdirector, Encuentros en Catay